

Otilia Rodríguez
TW @OtiRodriguez
Facebook Oti Rodríguez.

De pequeña fui una niña enclenque, delgadísima, mal comedora y con eternos problemas de bronquitis, el médico siempre le decía a mi madre que lo mejor para mi era pasar temporadas en la sierra, el aire puro lo cura todo. Mi padre era profesor, se conocía bien los entresijos de la política educativa de la época y acudió vía alguna amistad a que me dejaran pasar una temporada en el Preventorio de Guadarrama, el curso había empezado y sólo serían unas semanas, eran los inicios de la Alfabetización Permanente de Adultos, daba clases en la Universidad y tenía un colegio, vivíamos bien, no éramos una familia con problemas económicos, pero para entrar en el Preventorio se necesitaba tener algún conocido, había muchísima demanda, mi padre tenía los contactos necesarios, para poder “enchufarme” convencidos absolutamente estaban mis padres que aquellos días en el Preventorio acabarían con el calvario de mi constante tos y mi casi crónica inapetencia.

Al fin las llamadas a conocidos de la comunidad educativa dieron resultado positivo y mis padres respiraron aliviados al conocer que había una plaza para su hija en el Preventorio, había empezado mi curación.

Llegamos una fría mañana, no recuerdo bien el mes con exactitud, era invierno y recuerdo que habían pasado las navidades, supongo que faltaría poco para que la primavera del 67 empezará.

Había muchas niñas bajo aquellos arcos todas estábamos ahí sentadas esperando órdenes, entonces alguien nos dijo que pasáramos a una zona que había una zona con varias duchas, allí tenías que desnudarte y dejar tu ropa junto a la maleta que habías traído. Un ejército de “señoritas” junto con niñas veteranas de mayor edad se encargaría de que pasáramos bajo el agua fría de las duchas, rociándonos acto seguido de unos polvos blancos, para entregarnos después una minúscula toalla que apenas nos cubría parte de nuestro pequeño cuerpo. Llenas de inmensa vergüenza recogíamos las ropa limpia que nos ofrecían, bragas, babis, chaqueta, cinta.. supongo que alguna cosa más, pero la memoria no me alcanza. Solo sé que iba por colores, las cintas que teníamos que llevar en el pelo nos daban la pista (rosa, azul, blanca, amarilla y verde que era la mía) Mi ropa en tonos verdes y la cinta, indicaba que también estaría en la sala verde, donde allí estaba mi cama. Junto con muchas otras compañeras.

Los domingos nos ponían una horrenda chaquetilla roja para recibir a nuestros padres. Inenarrable.

Desde el momento en que nos vestimos de niñas “preventorio” no volvimos a ver nuestras maletas, con libros de lectura, caramelos, ropa, muñecas..

La sala dormitorio tendría unas 20 o más camas, no puedo recordarlo con exactitud. La mía era justo la que estaba al lado de la puerta de entrada a la Habitación Verde, justo ahí estaban colocadas unas campanas que nos despertaban de la siesta o por la mañana temprano, un

estruendoso ruido que te helaba el corazón cada vez que saltaba. Los primeros días procuraba no dormir para evitar ese sobresalto que el timbre de la campana provocaba.

Las normas eran estrictas y claras, respetar los horarios al máximo, el uso del cuarto de baño dos veces al día, solo beber dos vasos de agua al día, comer todo lo que ponían en el plato, no moverte en la cama, acudir a misa con respeto, etc.

Siempre debías llevar la ropa escrupulosamente limpia, se cambiaba una vez por semana y daba igual que talla te había tocado en el reparto unas veces llevabas bragas enormes que debías ir sujetándote para que no se cayeran. Una vez me tocó una cinta del pelo de mi cabeza, me estaba pequeña, no me la cambiaron, decían que buscará a la niña que llevara la que le estaba grande, eso fue imposible. Llevé la cinta tan apretada aquella semana que los dolores de cabeza eran constantes. A la próxima semana espabilé a la hora del reparto. Si la cinta no estaba en tu cabeza serías severamente castigada.

El día transcurría siempre igual, nos levantaban, al aseo y de forma rápida no podías excederte en el tiempo de tu limpieza, bien vestida debías ir al comedor para desayunar, entrar en aquél comedor era nauseabundo a todas horas, pero especialmente por la mañana temprano era peor. Olía a leche requemada una y otra vez, nos daban una papilla que había que comérsela sí o sí, una vez del asco que daba aquello mi compañera empezó a echar papilla y leche por la nariz hasta que vomitó, se la hicieron comer de nuevo, aquello nos dio tanto asco al resto de la mesa que se produjo el efecto contagio y acabé vomitando con la misma suerte que corrió mi compañera.

La hora de la comida y cena eran similares, siempre olía a col el comedor, lo único que algunas podíamos ingerir era agua y pan, las legumbres, verduras y demás creo que estaban en estado de descomposición. Una vez me quité un pelo del cabello y lo eché a unas lentejas realmente asquerosas, pedí que me lo quitaran porque tenía un pelo, sí me quitaron el pelo, pero ante mi asombro volvieron a traerme otro. No había escapatoria.

Nos solían ordenar ponernos en fila india (cuando íbamos al comedor, o entrábamos del patio, o para ir a las habitaciones) con el brazo derecho apoyado en el hombro de la compañera que tenías delante y los pies metidos entre las líneas de la baldosa que había en el suelo. Una vez no tenía bien colocados los pies dentro del área de la baldosa, me atizaron tal bofetada que caí redonda al suelo, hasta que no me levanté del suelo no me dijeron el motivo por el cual yo me había merecido aquel enorme bofetón, hoy en día se diría un hostia en condiciones.

Los domingos íbamos a misa, una preciosa capilla es verdad... yo lejos de mejorar con mis problemas mucolíticos y bronquiales, aquello parecía que iba a más, ese día tenía un tremendo exceso de mocos que era imposible tener controlados, durante la misa (al carecer de pañuelo) me ví en la obligación de contenerlos con ejercicios de inspiración, llegado un momento aquello no se contenía y tuve que recurrir a usar mi ropa para controlar aquello. Debido a los ruidos que hacía llamé la atención de una de las "señoritas" que había en misa, me pidió que le acompañase fuera, sin mediar palabra me soltó tal bofetada que de golpe desapareció mi problema con la producción de mocos y me dijo que esa era una ofensa tremenda a Dios, vamos que me iba a castigar.

Por la noche en la cama estaba prohibido moverse, era tal el miedo que estas "señoritas" de la Sección Femenina de la Falange y las religiosas nos habían metido en el cuerpo que esas cosas las cumplíamos a raja tabla, incluso las noches que se te resbalaba la ropa de la cama preferías dormir destapada, con el frío que allí hacía en vez de levantarte a recoger la ropa del suelo.

Las señoritas por la noche estaban en nuestra sala, ellas quedaban despiertas vigilando nuestros sueños, siempre bajo la exigencia de que nos teníamos que dormir o venía un hombre malo y nos llevaría, las niñas más veteranas decían que el hombre malo venía casi todas las noches porque venía a hacer visitas a la "señorita" El miedo estaba servido, las pequeñas ni nos movíamos aunque tuviéramos ganas de ir al servicio, de hecho había niñas que mojaban la cama, al día siguiente eran motivo de humillación ante todos los del preventorio.

Nos pusieron muchas vacunas, inyecciones en aquellos días, nunca nos dieron a nosotras o a nuestras familias, que era aquello que nos habían inyectado, nos pesaban y median regularmente, yo especialmente recuerdo una inyección que llamaban allí la "del puntito rojo" y que calentaban con una llama verde intenso, la recuerdo porque conservo la marca de ella en mi hombro izquierdo.

Una mañana nos levantamos muy temprano, y al ir al aseo, un lugar lleno de lavabos, puertas con inodoros y otra puerta que siempre estaba cerrada con llave esa mañana estaba entre abierta era un cuarto con su taza, lavabo, y una gran bañera en esa bañera estaban muchas de las maletas nuestras, estaban abiertas y tenían cosas esparcidas, lo recuerdo porque ví por el el suelo los caramelos que mi madre me compraba para suavizar mi tos y que metió en la maleta, allí estaban, en silencio los recogí y me los guardé sin que nadie me viera.

Pasaron unos días y estábamos bajo los arcos de los soportales todas las niñas... no recuerdo si haciendo tiempo para ir a comer o a cenar. Entonces ví a la niña mayor y veterana que me había hecho pasar tanta vergüenza en la ducha comunitaria, que tenía entre sus manos un libro, mi libro, el libro que mi madre días antes me había comprado para que tuviera lectura en aquellas "colonias" era el libro "La pequeña Dorrit" aquellos libros que tenían una página escrita y la de al lado con ilustraciones tipo comic. No sé de dónde saqué valor aquella vez, yo no solo era enclenque, además era tímida y retraída con aquellos mis casi 6 años. Le espeté que me diera ese libro, era mío y me lo había regalado mi madre, me dijo que se lo demostrará, le pedí que abriera el libro y ahí vería la letra de mi madre que decía "a mi querida hija, Otilia, que lo pase muy bien" y su firma, ante tal evidencia la niña veterana dijo que ese libro era suyo que su abuela se llamaba Otilia y su madre Carmen y que por eso ella tenía ese libro, ante mi ira me lancé sobre el libro y logré arrebátárselo, ella me clavó las uñas en mi mano, no me importo seguí con el libro hasta que ya lo hice mío por completo. Yo era creo recordar una de las niñas más pequeñas que había en el preventorio, mentiría si dijera que no hubo otras niñas veteranas que me protegían. Pero con esto quiero recalcar que los responsables, abrían nuestras maletas, sacaban nuestras cosas y se las entregaban a estas niñas para hacerlas cómplices necesarias para mantener el miedo entre nosotras. Sé de otras compañeras que se encontraron sus pelotas de goma roja, rotas y tiradas en los aseos, muñecas, sin sus vestidos....

Las cartas que enviabas a tu familia, nunca llegaban. Los paquetes que ellos enviaban tampoco llegaban.

Los días que venía el cartero , alguien recogía todas las cartas y después nos reunían a todas las niñas esperando ansiosas que dijeran nuestro nombre..

Las siestas eran una lotería unas veces te dejaban dormir, otras no dormías y otras cuando estaban sumida en un profundo sueño te despertaban bruscamente y te llevaban a un cuarto donde te echaban miles de productos químicos tanto líquido como en polvo para quitarte piojo, yo nunca tuve piojos, pero fueron muchas siestas las que me llevaron ahí, no sé como no sufro de alopecia o algo similar.

Las tardes las pasábamos en el jardín que da a la carretera, en frente había otra residencia de chicos, creo recordar que de hijos de ferroviarios, a veces nos quedábamos mirando a los niños veíamos como jugaban , cuando nos sorprendían mirando el castigo estaba asegurado.

Cuando una niña caía enferma se la llevaban a la “Casita Blanca” quien había estado ahí decía que se les trataba fenomenal que había médicos y enfermeras y la comida era mucho mejor, a quienes no conocimos la casita blanca no nos dejaban ni acercarnos bajo amenaza de los peores castigos, con los años recordaba eso e imaginaba que ahí harían algún que otro experimento mucho más complicado que el de ponernos solo una vacuna o inyección.

Las tardes las pasábamos en los columpios con un trozo de pan y una naranja y a veces los domingos un trozo de chocolate.

Mi estancia allí se fue complicando con todo lo que he ido contando y supongo que alguna que otra cosa más, los castigos eran continuos y mis lloros no cesaban, solo pensaba en que me sacaran de ahí, aunque se lo escribía a mis padres nunca les llegó la carta, había rumores entre las niñas de que estas cosas ocurrían, supongo que ni siquiera se preocupaban de guardar bien sus secretos.

El miedo era una constatación que estaba todos los días presente, nos levantaban muy de madrugada, la verdad que no recuerdo para qué, no tengo recuerdo de clases donde hubiera contenidos académicos o manualidades, la amenaza constante de que si no te portabas bien irías a la sala o pabellón Blanca, donde existía un halo de terror tremendo, donde siempre se oía a las niñas llorar, el muro de las manos negras con el que nos amedrantaban con la existencia del fantasma de una niña que murió allí.. en fin todo aquello en la mente de unas niñas asustadas y lejos de sus padres tenía una amplificación horrible.

Las niñas que se orinaban en la cama era objeto de todo tipo de humillaciones, se mostraba públicamente la mancha de humedad en la sábana, nos obligaban a reírnos de ellas, se las rociaba con ortigas en sus zonas íntima como infame castigo.

Un domingo llegaron mis padres a visitarme, les dije que me quería ir a casa que no podía seguir ahí, ellos me pedían que me callara que no hablara, que lo dejara en su mano y que lo arreglarían. Al rato regresó mi padre y me dijo que me iba con ellos pero que tenía que seguir normal que no dijera nada a nadie. Pasaban las horas y cuando ví que debía volver a ese comedor con el resto de mis compañeras me vine a bajo, empecé a llorar mientras bendecían

la mesa el resto de las niñas. En ése momento con el nivel de miedo que tenía en el cuerpo llegué a pensar que no les habían dejado a mis padres sacarme y lloré como creo que nunca lo he hecho, llena de miedo y terror por imaginar lo que me esperaba. Entonces sonó la megafonía en el comedor, se pedía mi presencia en el vestíbulo y sin preguntar a la cuidadora sabía que ahí estaban mis padres esperando salí corriendo sin mirar a mis compañeras que ahí quedaron , sólo quería reunirme con ellos, efectivamente ahí estaba mi madre con ropa nueva , me quité aquellos horrendos harapos y mi padre cogió mi maleta, fuera estaba el resto de mi familia, mi hermano, abuelos, tía.. no olvidaré ese día, comimos en un restaurante de Guadarrama cuando llegué a mi casa me sentí a salvo.

Con los años mis padres me confesaron que la tardanza en que yo saliera era porque tuvo una charla con la directora diciendo en el estado de nervios que yo me encontraba no esperaba ver así a su hija y que se la llevaba inmediatamente, después de mucha charla la directora confesó a mis padres que lo mejor que podían hacer conmigo era sacarme de ahí.

No recuerdo caras ni de profesoras, ni de señoritas, ni de médicos, ni de monjas, ni de cuidadoras de comedor, ni del cura, ni de las niñas que me protegían ni de las que me hicieron alguna que otra jugarreta. No recuerdo realmente que hacíamos allí, no recuerdo como eran las clases, ni que nos enseñaban, solo recuerdo que todo era silencio y mucho miedo.

En la mañana de hoy mientras miraba la prensa me topé con la noticia de un grupo de mujeres que estuvieron en el Preventorio Murillo de Guadarrama, entonces se me heló la sangre, dejé el café sin poder tomar, fui a Facebook y busqué los grupos, nunca antes había hablado con nadie que allí estuviera, porque no me crucé con ninguna niña , hoy leía el testimonio de algunas de ellas y las lágrimas me salían solas, al fin le puedo decir a mi memoria, que eso no fue una pesadilla que se va perdiendo en el tiempo que existió y que fuimos muchas quienes lo sufrimos.

Recuerdo niñas que eran huérfanas o simplemente sus padres no podían mantenerlas, allí estaban , allí hacían su primera comunión solas, sus cumpleaños solas, y las que recibían presentes de sus familiares nunca disfrutaron de ellos.

Quiero que se investigue, que salgan archivos, que se sepa cual era la función real de este tipo de Preventorios, que es lo que allí pasaba con las niñas internas durante cursos enteros. Es hora de saber, gracias.